

HOMENAJE A VIOLETA PARRA

por ENRIQUE BELLO

El día 3 de mayo tuvo lugar en el Teatro del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, un acto de homenaje organizado por el Centro de Alumnos, en memoria de Violeta Parra, la eminente artista recientemente desaparecida. Tomaron parte numerosos conjuntos folklóricos y se hicieron presentes en el acto recordatorio el poeta Nicanor Parra, hermano de Violeta, y numerosos escritores y artistas. A nombre de la Sociedad de Escritores de Chile habló Enrique Bello. El texto de esa intervención es el que damos en seguida.

Los que tenemos años y sentimos a los seres con una fidelidad más pegada a la piel, porque ya esperamos menos de todo, no nos repondremos del desaparecimiento de Violeta Parra, no alcanzaremos a hacerlo. Además, Violeta no lo permitiría. Tan viva queda su presencia entre nosotros que es como si estuviera cada día al alcance de nuestra voz. No es que ella amara la contradicción: *era* una contradicción en la totalidad de su ser.

Su vida ha sido un grito permanente contra la esterilidad, contra la indiferencia de esa mayoría de la que formamos parte. Para muchos Violeta Parra era altanera, orgullosa de su saber. Mala interpretación, sin duda. Lo que ella quería, en cambio, era atención y afectividad. Atención hacia la expresión viva del pueblo que ella encarnaba, como nadie hasta ahora lo ha hecho en nuestra tierra. ¿Lo logró? Sí que lo logró, y ahora su herencia no podrá morir. La sigue mucha gente, y primero que nadie sus hijos continúan la siembra, que todos cosecharán. Una artista tan integrada, de capacidad múltiple, se da sólo como una rareza en el mundo. Ella no aprendió las cosas. Las sabía. Nadie le enseñó música, pintura, poesía, escultura, tapicería. Se metieron dentro de ese cuerpo apenas abocetado de Violeta, todas las artes y se produjo eso que los franceses vienen buscando desde hace años y que llaman la *synthèse des arts*. Porque ella creó además una especie de género nuevo, tirando de las viejas raíces del venero popular. Ese género que simplemente podríamos denominar Violeta Parra, y que incluía música, poesía y drama, y que ella daba en expresión única. Cuando uno escucha su disco póstumo, se da cuenta de este hecho singular. Pero es que, además, en ese disco pareciera cantar con voz de otro mundo. Seguramente que ella sabía que eso sería lo último. Hasta su timbre de voz es otro.

A nadie podrá caberle duda de que quien se suprime a sí mismo es que padece de un mal muy profundo. Algunos se curan del mal, y sobreviven a la pesadumbre y a las crisis. Ahí entra la ciencia. Bien. Pero tenemos la obligación de decirlo, en memoria de Violeta Parra, pues no es mucho explicarse llegar sólo hasta ahí, es decir, hasta el reconocimiento de la enfermedad, para en seguida mover la cabeza en un gesto que significa ¡y qué le vamos a hacer!

Mi punto de vista es que en tales casos hay algo que hacer. Pero infortunadamente no para salvar un caso, sino que para suprimir, en lo posible, la contradicción

que impulsa a seres excepcionales a desaparecer del medio en que viven. Se trata, me parece, de la incompatibilidad del personaje con su medio. El hecho es que los grandes talentos artísticos de nuestro país han vivido siempre y viven fuera de sus fronteras. Gabriela Mistral en la poesía, Claudio Arrau en la interpretación maestra de la música, Matta en la pintura, ¿habrían alcanzado las cumbres aquí adentro, en el tranquilo ámbito de Chile? Neruda mismo es otro ejemplo. Su mayor grandeza la alcanzó mientras vivía en India, en España o en Francia. Y no afirmo con esto nada nuevo. El universal aforismo de "nadie es profeta en su tierra" rige aquí. El propio Nicanor Parra empezó a ser realmente un poeta conocido después de estudiar en Inglaterra y los Estados Unidos, hace casi veinte años.

A Violeta Parra, ¡y que por favor nadie se indigne!, la ahogó nuestro medio, todavía socialmente estrecho y ambientalmente pacato. Ella era demasiado audaz. Le sobraban coraje e impulsos realizadores en un ambiente en que poseerlos tan generosamente, por oposición, constituye casi un defecto. ¿Es que en Chile tuvo Violeta Parra la más alta consideración general por su talento y su sorprendente capacidad creadora, siempre? ¿Es que correspondía esa estimación de su arte, siquiera en parte mínima a lo que ella rendía? Nada de eso. Cuando Violeta se va a Europa la primera vez, actúa y graba en Francia, en Inglaterra, en los países socialistas. El segundo viaje a Europa la deja allá mucho tiempo. Se hace famosa como música latinoamericana, y, ¡sorpresa para todos en Chile!, es la primera mujer de nuestro continente que exhibe sus pinturas y artesanías en el Museo del Louvre.

Yo mismo he visto la vitrina de una de las más importantes librerías de París, dedicada completamente a exhibir la edición bilingüe de su poesía popular. Tenía que ocurrir así. Pues Violeta Parra representa lo mejor de nosotros, andinos blancos y andinos cobrizos o morenos. Ella tomó la esencia del canto popular y campesino, y supo mezclar al recrear y crear, sólo los elementos válidos de esa tradición de nuestro pueblo. Para tal elección es necesario genio.

Sería absurdo hablar de esto con un sentido temporal limitado. Lo que ella tomaba del pueblo no era cantidad; era lo más puro del modo de la expresión. Era también el humor y la violencia, el fatalismo, la burla, el desate de los instintos, tan metidos dentro de la personalidad de un arquetipo popular nuestro.

Va a quedar en pie para las generaciones próximas, la labor descubridora de Violeta Parra, y al mismo tiempo, el torrente caudaloso de su creación musical. Violeta va a ser un clásico, el primer clásico de nuestro folklore. Yo creo que si ella escuchara, le agradecería esto último. Y por si escucha y no ha oído bien, se lo repito:

Violeta Parra, el primer clásico de nuestro folklore.